

Quince minutos con Jesús Sacramentado

Hijo mío, vienes a estar conmigo, háblame sencillamente, mírame, me basta con que me ames de todo corazón. Háblame, pues, aquí, sencillamente, como hablarías a tu madre, a tu hermano o tu amigo.

¿Necesitas pedirme algo para alguien? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, o tus hermanos y amigos; dime qué quisieras que haga por ellos. Pide mucho, mucho, no dudes en pedir; me gustan los corazones generosos que llegan a olvidarse, en cierto modo de sí mismos, para atender lo que necesitan los demás.

Háblame así, con sencillez de los pobres a los que quieres consolar, de los enfermos a quienes ves padecer, de los que quieres traer al buen camino, de los amigos que deseas volver a ver a tu lado. Dime por todos una palabra de amigo, una palabra entrañable. Recuérdate que he prometido escuchar todas tus oraciones.

Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia? Hazme una lista larga, muy larga de tus peticiones, ven y cuéntemela. Dime sinceramente en tu interior si te sientes orgulloso o mejor que los demás o egoísta, o ...; y pídemelo luego que te ayude en tus esfuerzos para quitar de ti esas faltas. No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos justos, tantos santos muy grandes, que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad...; y poco a poco se vieron libres de ellos.

No dudes en pedirme bienes espirituales y corporales: salud, memoria, éxito en tus estudios, deporte, todo eso puedo darte, y lo doy, y deseo que me lo pidas, si ayuda a tu santificación. Hoy por hoy ¿qué necesitas? ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡si supieras los deseos que tengo de ayudarte!

¿Traes ahora mismo entre manos algún plan? Cuéntamelo. ¿Qué te preocupa? ¿qué piensas? ¿qué deseas? ¿qué quieres que haga por tu hermano, por tu amigo, por tu familia? ¿qué desearías hacer por ellos? ¿Y por mí?

¿Sientes acaso tristeza o mal humor? Cuéntame, cuéntame, tus preocupaciones, lo que te causa alguna pena. Acércate a mi Corazón, que tiene la medicina para curar todas las heridas. Dame cuenta de todo, y acabarás pronto diciéndome que como Yo todo lo perdono, todo lo olvidas, y en pago recibirás mi bendición.

¿Y no tienes alguna alegría que comunicarme? ¿Por qué no la compartes conmigo? Cuéntame, lo que desde, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho sonreír a tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas, quizá has recibidos buenas noticias o muestras de cariño; has vencido alguna dificultad, o salido de un problema. ¿Por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud, y decirme sencillamente, como un hijo a su padre: "¿gracias, Padre mío, gracias!"?

¿Tienes alguna cosa que ofrecerme? Háblame, pues, con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de quererme? ¿de querer estar conmigo? ¿de ayudar más y mejor en casa, a tus compañeros y amigos?

Ahora vuelve a tus ocupaciones habituales, a la familia, al estudio...; pero no olvides los minutos de conversación que tenemos aquí los dos. Ama a mi Madre, también tuya, la Virgen Santísima.